



(VE

el pintor manolo blasco



Reseña y Antecedentes del Vivir Malagueño a Comienzos de Siglo

Julio CARO BAROJA
Académico de la Historia

Creo que tengo una pequeña autoridad para escribir este prólogo (I) Porque, en cierto modo, he sido el que instigó a pintar a Manolo Blasco, cuando él ya era talludito y yo había pasado también la edad de las grandes esperanzas. Para empezar, contaré rápidamente este episodio, que une nuestras vidas de modo entrañable.

Allá por noviembre de 1956, con el ánimo destrozado y el cuerpo muy flojo, pensé buscar alivio a mis males, descansando en Málaga. La razón de que escogiera ésta y no otra ciudad del Sur para procurar reponerme, era sentimental. Mi padre, hombre de vida frustrada y por el que yo he sentido siempre una mezcla de cariño y piedad, era hijo de malagueña, aunque esta malagueña tenía raíces italianas. En mi niñez hablaba él de Málaga con simpatía. Recordaba a la madre muerta muy joven y algunos episodios de su vida de soltero le vinculaban a la ciudad más que a Sevilla, cuna de otros de sus antepasados. Yo obtuve una imagen rápida, superficial de Málaga a través de él y atraído por ella, por los recuerdos nostálgicos paternos, me alojé en un hotel ostentoso, casi el único que había entonces, y pasé varios días mortales, en la soledad. Poco a poco comencé a moverme algo y como en un sueño, me encontré con que en el invierno de 1957, estaba instalado en una casa grande de Churriana, como un terrateniente de la época de mi padre, mismo podía estarlo. La casa estaba vacía cuando la compré; había que amueblarla y aunque yo llevé muebles familiares de Madrid, me faltaba bastante para dejarla cómoda.

Un día alguien, no sé cómo, me llevó a la tienda de Antigüedades de la Plaza del Obispo, en la "capital", como dicen las gentes del campo próximo. Esta tienda fue mi ancla. La dirigían dos socios, amigos íntimos pero muy distintos entre sí. El señor Guerrero y el señor Blasco. Guerrero era un hombre con caracteres muy definidos de andaluz de ciudad de comienzos del siglo XX. Le gustaba el juego, trasnochar, gozar de la vida procurándose pequeños y sistemáticos placeres cotidianos. Contaba anécdotas de gente brava de su juventud; matones, cargadores y faquines del muelle y chulos de garitos. Por lo demás era un hombre afable y servicial.

Blasco, mi amigo Salvador Blasco Alarcón, era un hombre extraordinario. Ha muerto en 1972, año muy significativo para mí y aún no me he hecho a la idea de haber perdido también, en esta

quiebra constante que es la vida, a un amigo tan sobresaliente y adquirido en plena "liquidación". Salvador era la amabilidad personificada, la simpatía hecha carne. Había nacido en la última década del siglo XIX, en el seno de una familia de burguesía media. Por los Blasco estaba emparentado con Ruiz Blasco, es decir un pintor de palomas, que hoy es conocido por la paloma que pintó su hijo más que por sus sencillos óleos, metidos en el gusto de 1880. Los Blasco, pues, Salvador y su hermano, objeto y tema de este prólogo, eran primos segundos de Pablo Picasso, de Ruiz Picasso, mejor dicho. Por otro lado, la familia de los Alarcón era una de las distinguidas en la Málaga decimonónica y no sé por qué vía, mis propios antepasados los Raggio tenían algún parentesco con este grupo. Salvador conocía al dedillo la vida de Málaga en tres generaciones. Tenía una curiosidad de cronista, unos ojos perspicaces y un instinto de moralista para observar la vida y costumbres de sus coterráneos. De moralista laxo se entiende, porque según dicta la experiencia, los rigoristas parece que nunca se han enterado de nada. Salvador hubiera podido ser un Proust andaluz de haber tenido ambiciones, que no las tenía; ni literarias ni de otra clase alguna. Salvador era escéptico, liberal de corazón, comprensivo con cualquier flaqueza humana y poco entonado. Acaso lo único que le sacaba de quicio eran la petulancia y la zafiedad unidas.

La tienda de antigüedades de la Plaza del Obispo resultó una plataforma excelente para que aquel escéptico hiciera sus observaciones. Un lugar en que se liberaba de otros quehaceres. Porque Salvador por la mañana era D. Salvador Blasco Alarcón, jefe del Departamento o Sección de Estadística de la Provincia de Málaga. Es decir, un alto funcionario. Como tal era querido y como tal era cumplidor. Pero yo le veía a cien leguas de su puesto y en broma le decía que me parecía que tenía tanta relación con la Estadística como la mujer que aparecía en una caricatura de Ortega, en la "Ilustración Española" de hacia 1870 y pico en que se finge este diálogo, a la puerta de una casa humilde:

"Tac, tac; ¿quién es?

—La Estadística—

No sé quien es esa mujer

será en el piso de al lado

que se han mudado hace un mes".

(I) Prólogo al libro "La Málaga de Comienzos de Siglo" editado por el Instituto de Cultura de la Diputación de Málaga — Servicio de Publicaciones.



Salvador iba a la tienda al mediodía, al salir de la oficina y a la tarde, a eso de las cinco. Allí se sentaba en una especie de bureau a repasar las cuentas y luego se organizaba la tertulia, interrumpida por algún "trato" más o menos pintoresco. Los diálogos de Salvador con carpinteros, restauradores, gitanos vendedores, anticuarios de fuera y clientes tenían algo de ironía socrática siempre. La conversación con los amigos era una delicia. La "historia secreta" de la ciudad se iba elaborando sobre la marcha, lo mismo que la "historia pública". A veces claro es, la "historia secreta" era mucho más divertida que la pública. Los que animaban esta crónica hablada eran, además de Salvador, su socio Guerrero, Vicente Andrade, Baltasar Peña Hinojosa y Bernabé Fernández Canivell; con cierta frecuencia llegaban otros señores de Málaga que daban una nota peculiar. Don Enrique Hurtado de Mendoza la campera, el señor Taillefer la retrospectiva, etc.

Pero he aquí, que de repente, aparecía una figura delgada, aguileña, nerviosa, un tanto meteórica: —Aquí está Manolo— decía Salvador, con un tono en el que siempre había algo admirativo.

II

Sí. Aquí está Manolo. Manolo Blasco Alarcón, el hermano menor de todos en una serie larga y ya cercenada cuando yo le conocí.

Manolo es el pintor de hoy. En 1957 era decorador, anticuario y antes otras muchas cosas. Vivía en una casita pequeña en el corazón

de la ciudad, con su mujer y un sobrino de ésta, como ahijado y tenía un taller extraordinario en un caserón contiguo del siglo XVII; un caserón que podía haber sido una maravilla bien restaurado. Allí le trabajaban carpinteros y operarios de otras clases y allí le servía de edecán el indispensable, el insustituible Eloy. Hace mucho que el personaje del criado de comedia, que es fiel, irremplazable, decidor de verdades y gracioso ha desaparecido de la sociedad española (si es que existió alguna vez de verdad). Pero lo que sí ha quedado en talleres, tiendas, casas de comercio, etc. es el "factotum" fiel, el hombre pegado a una casa o a una persona, por lazos que no son puramente contractuales. Este personaje va también desapareciendo; pero Eloy lo representaba muy bien. Manolo proyectaba muebles, decoraciones de tiendas, de bares, de "cabarets", etc. Tenía cierta tendencia a lo "fin de siècle" o retrospectivo y aprovechaba con mucha habilidad materiales de derribos, mobiliarios postisabelinos y otros elementos que le recordaban su niñez burguesa.

Manolo, sin embargo, había sido un modernista andaluz de su generación, tanto en Artes Plásticas como en Poesía. Sentía la poesía de Alberti, de Lorca y era amigo de los poetas malagueños que se distinguieron antes de 1836. Tenía una admiración enorme por su primo Picasso. Su hermano Salvador, no le iba en zaga en esto. Pero por razón de edad, conocía también más a los escritores del tiempo anterior, oscurecidos por la brillante generación que ahora creo se llama del 27. Salvador podía hacer alguna referencia discreta a Salvador Rueda o a su primo Enrique López, como decía él: es decir, Enrique López Alarcón, un poeta que en 1914 estrenó con éxito un drama de

aquellos que se hicieron, como consecuencia del juego de artificio del "Cyrano" de Rostand, con tema de "capa y espada"; "La Tizona".

Salvador también podía ser más benigno que Manolo con los pintores viejos de la tierra o asentados en ella, entre los cuales había dos Murillo que no eran Murillo; Murillo Bracho, pintor de flores estimado y Murillo Carreras, pintor de género, que murió, muy viejo, viviendo yo en Churriana.

Desde la soledad de mi casa de campo bajaba casi todas las tardes en el auto de Ífnea a Málaga y asistía a la tertulia. Luego ya de noche, en oscuridad intensa, oyendo el canto, más o menos lejano de alguna cigarra, volvía de la carretera donde me dejaba el auto, a mi jardín umbrío. Salvador, Manolo, los otros amigos, me dieron una nueva razón para seguir viviendo. ¿Qué les dí yo a cambio? A todos una amistad sincera entrañable. A Manolo, además, un consejo. Viendo la facilidad con que hacía sus trazos y dibujos de muebles y habitáculos, le pregunté una vez si había intentado pintar. Me dijo que no. Le repliqué que debía ponerse a hacerlo, siguiendo su inspiración detallista y sin preocuparse demasiado de aprendizajes técnicos ni de teorías estéticas. El caso es que empezó a hacer intentos y que, después de una época en que dió rienda suelta a su fantasía, una fantasía surrealista en parte, en parte simbólica, derivó a algo que ha terminado por dominarle y que es lo que podría llamarse la "pintura recuerdo".

Mi tío, Ricardo Baroja, que con una técnica y unos ideales pictóricos distintos en absoluto, era también un gran cultivador de la "pintura-recuerdo" se burlaba, a veces, de ciertos pintores del natural de su época y de su pretensión de reflejar todos los elementos de un paisaje en un cuadro, siempre pequeño. Son como las vacas, que querrían comerse entero el prado donde pastan.

¿Cómo interpreta Manolo Blasco esto de la "pintura-recuerdo"? Resulta que en el presente libro se reproducen casi una treintena de cuadros suyos de tema malagueño. Resulta que para cada cuadro, Manolo ha escrito un comentario y que el conjunto nos da un reflejo mucho más fiel de la vida de Málaga entre 1900 y 1920 que cuantas fotografías, cuadros de géneros y óleos realistas hemos podido contemplar.

La Málaga de Manolo Blasco, pintor en sus verdes sesenta años, espontáneo y si se quiere "naif", es más verdadera que la de los reportajes de las revistas y periódicos de hace sesenta años y no tiene nada que ver con la de las cromolitografías de las cajas de pasas y otras imágenes por el estilo. Gran lección. El recuerdo en una cabeza privilegiada, se hace más real que la realidad; como es de efectos más fuertes la lenta interpretación que hizo Proust de su mundo circundante, que todos los reportajes detallados y fotográficos que nos quedan de él, en cientos de libros, revistas, folletos y prospectos de su época.

Un personaje homérico dice que "los males a distancia divierten al hombre". Sí, guerras, naufragios, ruinas, todo sirve para divertir

después de haber producido espantos y terrores. ¿Qué decir de los bienes? Manolo Blasco, como otros muchos artistas es un enamorado de su niñez. Para fortuna suya no fue aquella una niñez triste, sino todo lo contrario. Una niñez plácida y regalada de niño de la burguesía del Sur de España.

En Andalucía el hombre del campo, el pescador, el mismo proletario de ciudad, pueden arrastrar una existencia trágica y sombría, pese al sol, las flores, etc. El aristócrata acaso carga su existencia de rutinas, pesadeces, compromisos y temores. El niño o la niña de la burguesía son, tal vez, con los adolescentes, los que gozan más de los privilegios de la tierra. ¿Hay algo más mimado y mimoso que una muchachita andaluza casadera? ¿Puede darse una imagen más plástica de la felicidad que la de un mocito pinturero? Manolo Blasco vivió como niño mimado de burguesía malagueña, en "la capital" y en "los montes". Pese a que a lo largo de la vida ha pasado por trances difíciles, creo que le queda algo de este carácter de niño mimado; ahora los mimos tiene que hacérselos él mismo, pero no importa, se los hace.

Dentro de una dedicación constante a la Plástica, dentro de un mundo en el que el Arte ocupa el primer lugar, ha sido voluble, versátil, caprichoso. Ha ensayado distintas formas de vida y las ha abandonado cuando se aburrió de ellas. Aunque se lo imagina uno difícilmente desarraigado del ambiente malagueño, intentó en cierto momento vivir en Tetuán "a lo moro". También le tentó Barcelona y su barrio chino. Fue anticuario con grandes relaciones internacionales y dejó la profesión. La decoración le ocupaba de modo intermitente cuando yo le conocí y antes de ensayar la pintura, escribió novelas policíacas.

Pero volvamos al niño de comienzos de siglo. El último cuadro de la serie que contiene este volumen se titula "La visita". Es una escena típicamente burguesa, como las que gustan a otros hombres de su generación y de tendencia revolucionaria por más señas. Pienso ahora en Buñuel. ¿Cuál es la causa de este gusto por el "peluche" y el "colifchet" en hombres tan libres? El recuerdo nostálgico de la niñez influye sin duda para que lo tengan, de modo que no nos llega a gente más joven, o que hemos vivido en casas en que había mobiliarios más severos. Manolo Blasco es un entusiasta de la "belle époque", con ideario posterior. Para él, la burguesía es un objeto tentador más. En esto resulta muy de su tiempo. Yo no gusto tanto —como he indicado— de los refinamientos del 900, ni de las abstracciones del 30, ni de las clases sociales en sí mismas, como tales clases, me producen sentimientos encontrados. La burguesía española no es entretenida en conjunto, aunque hay burgueses, como Manolo, o como Salvador Blasco que lo son. Lo mismo ocurre con los elementos populares. El hombre interesante es posible. ¿La clase interesante? Para unos sí, para otros, no.

El contraste con "La visita" burguesa, al menos en ambiente, lo da el cuadro que representa "Los montes de Málaga" que lleva el subtítulo de "Casonas y Lagares". Manolo Blasco tiene una retina que

ha sabido captar de modo sorprendentemente sintético los tonos fuertes que, a cierta hora, se dan en el campo malagueño. Son tonos calientes. La tierra parda se vuelve amoratada, el cielo azul se pone oscuro en su limpieza, surgen verdes de esmalte, rojos de fuego. En época anterior a la nuestra hubo un pintor extraordinariamente dotado, pero con ciertas veleidades historicistas que ahora no gustan, Don Antonio Muñoz Degrain, valenciano que asentado en Málaga, tuvo durante años y años la obsesión de reproducir aquellos tonos bravos. Muñoz Degrain —lo diré de paso—, hoy es menos conocido de lo que merece. Pero entre los pintores de generaciones posteriores fue muy apreciado por personalidades tan distintas (aunque les unieran lazos de amistad) como Picasso y mi tío Ricardo Baroja. Creo que Manolo Blasco ha hecho muy bien en coger los colores fuertes de los montes y someterlos a la operación de aislarlos de efectos luministas, como los que procuraba obtener Muñoz Degrain. El cáctus, la chumbera, la tierra del predio, tienen "su color". En este mundo coloreado por una luz abstracta se mueven hombres, mujeres, niños, animales. Manolo Blasco es un hombre de ciudad; de vieja ciudad mediterránea en la que el campo entra. Pero acaso esta entrada del campo no es lo que más gusta al ciudadano en su vida. Manolo habla de "Los montes" como cosa del pasado, de cuando iba con sus padres y hermanos en el carruaje familiar, a pasar unos días en el caserón metido entre los últimos viñedos no atacados por la filoxera. El campo para él, es una anécdota antigua o primigenia. Creo que si en vez de ser malagueño hubiera sido madrileño, hubiera podido pertenecer a aquella sociedad (que no llegó a fundar) proyectada por un poeta de la Corte, más o menos bohemio y maldito, que se hubiera llamado "Los enemigos del campo", para hacer juego con las que estaban constituidas por "Los amigos de..."; bien fueran los castillos, Lope de Vega, los jardines o el campo mismo.

Manolo Blasco es un ciudadano, un enamorado de su Málaga natal. Todos los cuadros que aquí se reproducen lo expresan hasta la saciedad. Nada hay en ellos que nos haga pensar en una interpretación realista de los ambientes urbanos. Nada es en ellos abstracto. Son los testimonios puros de un "primitivo" (en el sentido pictórico, no en el etnográfico) que se encara con su mundo exterior. La sorpresa del que contempla la serie, conociendo el ambiente, es que, como en otras ocasiones, los recursos del pintor "primitivo" dan efectos de realidad mucho más fuerte que los del pintor realista, con sus recetas sobre como se han de hacer perspectivas y obtener luces y sombras, como se deben llegar a cabo sabiamente las combinaciones de colores, etc.

He aquí la "Calle de Larios"; una especie de mito para los malagueños. Si a mí me preguntaran ahora, fuera de Málaga, cómo es tal calle "en realidad", no se me ocurriría ya recurrir a fotos, dibujos arquitectónicos o perspectivas de hábiles acuarelistas que sigan rígidamente las reglas académicas. No. Simplemente diría: —Vea Vd. el cuadro número dos de esta serie—.

Después de puesto este ejemplo he de pensar que la misma clase de fidelidad poética y al mismo tiempo arcaizante, tienen los cuadros con escenas que yo no he llegado a contemplar con mis ojos; porque, como

indiqué al principio, mi primer contacto un poco continuado con Málaga data sólo de 1956.

III

Vuelvo a aquella fecha que es la inmediatamente anterior al desarrollo urbano, increíble, de la década de 1960 a 1970. Cuando empecé a recorrer las calles de Málaga, después del primer momento de atonía, me sorprendió que había en ellas elementos de vida que me recordaban el Madrid de mi primera infancia: el, de 1920. Tipos populares, comercios, vehículos, hasta olores y gritos. La sensación era medio dolorosa medio placentera. Fue la que luego me permitió seguir las conversaciones de la tienda de la Plaza del Obispo con mayor curiosidad y atención; la que ha hecho que, con independencia de la riqueza plástica de los cuadros de Manolo, vea en ellos un testimonio de lo que fue una época en una ciudad del Sur.

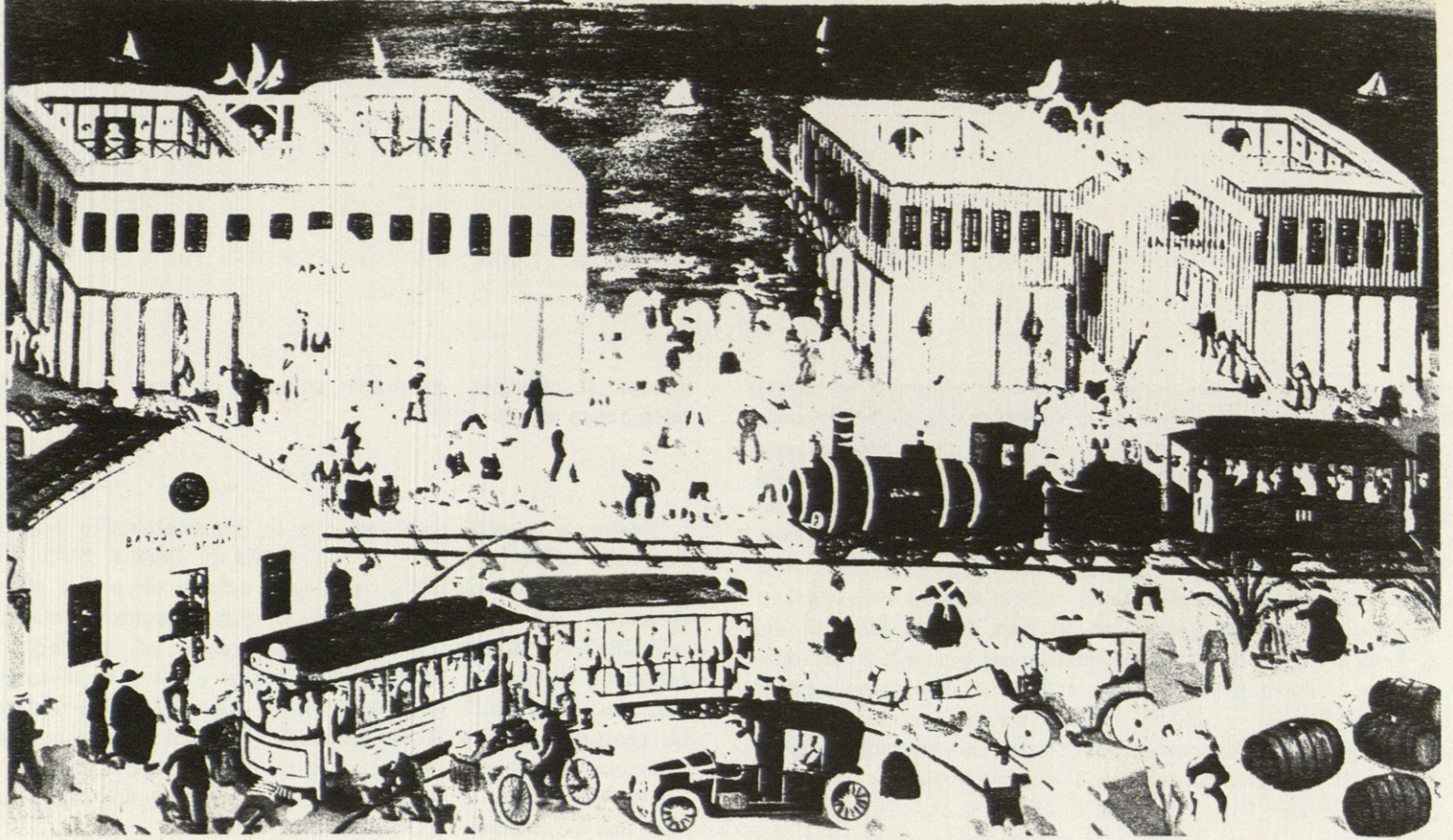
El comentario escrito que ha puesto el pintor a sus obras, es valiosísimo para el historiador y el etnógrafo. No voy a glosarlo ahora. Sólo me contentaré con hacer unas cuantas indicaciones generales acerca del espíritu que creo refleja este conjunto de pinturas.

He aquí la vida pública y privada de los malagueños de 1900-1920, contada con la paciencia de un cronista medieval o de un miniaturista gótico. Lo que cambia más en relación con aquellos es lo que se cuenta. Porque Manolo Blasco, en vez de pintarnos como los hermanos Limbourg en "Les tres riches heures du Duc de Berry", suntuosos banquetes de magnates, castillos góticos, bosques verdes y países nevados, nos ha dejado una crónica de sociedades y ambientes urbanos, burgueses o populares, que se parecen más a los de la "polis" griega que a los de la Francia feudal.

He aquí una sociedad sin grandes aristocracias dominantes, pero muy estratificada. Una sociedad de comerciantes y contratistas navales, con una plebe muy abundante, acaso demasiado abundante y desvalida. De vez en cuando, a lo largo del siglo XIX y en la misma época de Manolo Blasco, esta plebe ha sufrido fuertes convulsiones, como la de otros puertos del Mediterráneo español o italiano. Nada de estos aspectos trágicos de la vida queda reflejado en la serie, relativamente plácida, de las escenas malagueñas de Manolo Blasco, en que no hay más que tres cuadros de tema "triste", según mi cuenta; el del entierro de la mocita, el de Don Fulano y la aparición de los Hermanos de la Paz y Caridad en la Plaza de San Julián. Aún en estos la objetividad "primitiva" hace que los temas queden limpios del melodramatismo o truculencia que hubiera puesto en ellos un pintor realista de comienzos de siglo.

"Los malagueños se divierten" podía llamarse esta serie, quitando las excepciones aludidas, si es que no se divertían también, con el entierro de "Don Fulano" o con el tétrico cortejo de los "Hermanos".

Se divierten de modo público o de modo privado. Siempre en



sociedad. Queden para las gentes del Norte la borrachera solitaria, el soliloquio poético, la audición melancólica de la sonata.

El andaluz es hombre de calle y de agora o plaza. Le gustan los desfiles y las fiestas municipales. A lo largo del año en Málaga, hoy como ayer, se nota el día de fiesta por signos muy exteriores. Allá a fines de noviembre o comienzos de diciembre empiezan a aparecer en la ciudad las comparsas que anuncian las fiestas navideñas. Unos mozos, unos adolescentes o niños, vestidos de pastores, con pieles de ovejas y sombrero que recuerdan a los de los nacimientos, provistos de instrumentos sencillos zambombas y sonajas recorren calles y plazuelas. Otra cosa eran los "tontos" o parrandas de verdiales, de profunda raíz campesina. En Andalucía se llama "verdial" a una aceituna que se conserva verde aún en sazón; a toda fruta de color verde también y al árbol que las produce y a cierta clase de siembras y así se llama Verdiales uno de los partidos malagueños. Unas coplas de Fernán Caballero aluden al "campo y sus verdiales". Como producto local campesino a estas comparsas rústicas le llaman también "Los Verdiales" y aún a lo que cantan. El cuadro que lleva el número veintiocho de este libro representa una escena de Verdiales, "la comparsa" que sin duda, van de lagar en lagar llevando su alegría y sus canciones, una escena que nos hace recordar al "presepio" napolitano, a esa glorificación del pastor humilde tan del gusto del siglo XVIII, en que las reinas y las damas aristocráticas se vestían de pastoras a su modo. Los Verdiales son broncos de verdad y dan idea de una verdad popular, pero un tanto estilizada. Lo que pinta Manolo Blasco, como lo que crean o crearon bastantes poetas andaluces de su época, es también popular y estilizado a la par.

Pasan los días, pasan Navidad, Año viejo, Año nuevo. Llega la fiesta de Reyes. Hoy como ayer se hace una gran cabalgata que recorre las calles principales de Málaga. Manolo la ve en la Plaza de la Constitución de su niñez. Sin duda esta cabalgata tiene más carácter que las de hoy. Llegando del Norte de España y recordando ambientes rurales a mi primer contacto con los pueblos de la hoya, me llamó la atención la importancia que daban a la fiesta de Reyes y cómo en la choza o casa terrera más humilde, se veía por la mañana que los niños tenían juguetes que parecían ostentosos. Yo pienso en lo que era el regalo de Reyes para un niño de mi tiempo en el pueblo familiar de la frontera con Francia y me quedo perplejo. No cabe duda de que a los andaluces de esta banda lo superfluo les puede parecer necesario y lo necesario superfluo. El lujo o el gasto "conspicuo" es algo importante en la vida. El gasto cotidiano una vulgaridad, una cosa desagradable. A Manolo Blasco se le puede incluir en la serie de estos malagueños capaces del derroche en un momento dado (o en muchos momentos si se quiere) y por eso creo que su imagen de las cabalgatas de Reyes, está cargada de una significación especial, que es la que ha hecho que, de modo consciente o subconsciente haya encabezado su serie pictórica. Pasemos ahora a otra fecha, cargada de promesas para la juventud de comienzos de siglo y para la de muchas generaciones anteriores. He aquí ahora la Plaza del Teatro, en Carnaval. En su comentario dará Manolo impresiones personales de esta fiesta tan estúpidamente

suprimida, como consecuencia de la pedantería puritana de ciertos hombres y mujeres del siglo XX. ¡Qué horror! han dicho tirios y troyanos. Temas de sermonario y de soflama de concejal socialista. Para el caso es lo mismo. Ahora los puritanos aguantan callados el Carnaval perpetuo del "unisex" las barbas y melenas llenas de cascarrias, los amuletos modernos y la suciedad sistemática, combinada con mariguana. Yo pienso en mi tendencia a la piedad pagana que todo esto no es un castigo del viejo Dionysos ante la estupidez de munícipes y otras gentes concejiles. ¿No quereis al Carnaval, verdad? Pues lo tendréis todo el año, combinado con la polución. Sin "catarsis" posible.

Las formas antiguas de expresar la vida cívica se van anulando. La campaña violenta contra el Carnaval comenzó ya entre 1920 y 1930. Otras expresiones de la vida pública más solemne, entonada y seria, han ido desapareciendo por razones mecánicas. El auto, a este respecto ha hecho más estragos que toneladas de papel impreso, que se hubieran dedicado a combatirlas.

Ahora estamos en la Plaza del Obispo, con la mole catedralicia al frente, el bellísimo palacio barroco a un lado, las casitas blancas en fin. He aquí una procesión con su presidencia. Una escena religiosa-edilicia, sin intención satírica alguna, pero llena de gracia y de color. Estas son las antiguas y eternas "fuerzas vivas" que individualmente pueden estar constituidas por una suma de "almas muertas". El caso es que el "detallismo" de la pintura de Manolo Blasco, como el de ciertas pinturas flamencas es más adecuado para darnos ideas acerca de la sociedad que acerca de los individuos. Un cuadro o cuadrote de género de fines del siglo XIX hubiera hecho de esta procesión una fotografía mejor o peor. Pero aquí está la procesión, en sí, mejor representada que por medio fotográfico. La representación de la colectividad se halla vigorosamente destacada, como ocurre en ciertos cuadros flamencos, peores o mejores, en que se pretende también darla.

El hombre se convierte en número, casi en geroglífico. Y esto no merma fuerza a la representación. Lo mismo ocurre en la escena que se sitúa en la Plazuela de San Felipe y que se llama "Los salmonetes". "Los Salmonetes" son los antiguos seminaristas con sus becas rojas, desfilando en un día de asueto, como yo los he visto en Madrid, en Pamplona, en Vitoria. Es la pura y simple representación de un ambiente con sus personajes familiares y otros complementarios. Son los seminaristas en bloque, no el seminarista aislado lo que da la razón de la imagen. El gusto por las representaciones colectivas, por lo que ahora se llama de manera neutra y equívoca "lo social", domina a este pintor malagueño cien por cien, según se va viendo. He aquí otros dos certámenes cívicos. Bajo el imponente edificio de la Aduana neoclásica, se celebra ahora el simulacro de los bomberos. Un jefe de bomberos en una capital de provincia era, en otros tiempos, una especie de héroe en potencia del que dependía la seguridad pública. El día del simulacro los niños y los paseantes se congregaban en el lugar donde había de celebrarse y había siempre algún experto que podía hacer el análisis crítico de la

operación, como si se tratara de una gran batalla y el que la explicara fuera el mariscal Gouvion Saint Cyr. La ciudad está protegida por las autoridades religiosas y civiles. Por los bomberos con sus cascos brillantes, sus mangas, escaleras, hachas y toques dramáticos de campana. Puede, pues, seguirse divirtiendo.

¿Cuántas veces en las exposiciones de fines de siglo XIX y comienzos del XX se habrán presentado cuadros con el título de "A los toros" u otro similar? Manolo Blasco nos da la visión umbría del Parque a la hora en que la gente iba a la plaza. Nada de melodramatismo, panderetismo o patetismo fácil. En todo esto han caído una y otra vez pintores y literatos, al reproducir cada cual con sus medios, escena semejante. Aquí no hay nada más que lo común. Las gentes dispuestas a divertirse, se trasladan a la plaza. La situación es placentera y si se quiere "cuotidiana". La cuotidianidad de la vida no le asusta al hombre del Sur, como parece que le asustaba al poeta francés Jules Laforgue y a otros vates enfrentados con la gran ciudad finisecular y sus inmensidades. Málaga a comienzos del siglo no era indomable desde el punto de vista del tamaño. Leo que el censo de 1910 le asignaba 136.365 habitantes. Parte de los habitantes vivían en zona rural. La vida del casco urbano se desarrollaba dentro de un radio no muy grande. La calle de Larios reproducida por Manolo Blasco en su serie, en segundo lugar, era el eje social de Málaga. No todo el mundo puede vivir en calle Larios —le he oído decir de modo sentencioso a un pequeño comerciante alguna vez—. Otros tipos de personas preferían sitios de apariencia más tranquila, como, por ejemplo la Plaza de la Merced, que se representa en el cuadro titulado "La Paloma de la paz".

Málaga comercial y Málaga burguesa, entonada, con muchos apellidos extranjeros, alemanes, ingleses e italianos; con poca aristocracia vieja, y sometida a tantaranes demográficos y políticos. Manolo Blasco capta de ella otras muchas escenas populares, con un sentido raro de la localización topográfica. En sus comentarios da muy valiosas indicaciones acerca de las fronteras interiores que tenían las clases sociales dentro de la vieja "polis" para desenvolverse. Ahora estamos en Navidad o vísperas de Navidad, en el mercado de pavos de la Plaza de Félix Sáenz; un mercado especial, localizado como el que había en el viejo Madrid, el Madrid de Ortega y de los dibujantes del tiempo de Isabel II. Y este es el mercado de las Atarazanas, monumento Municipal que refleja toda una época en que se dieron el "gótico" de estación, el "mudejar" de convento, el "árabe" de colmado, el "bizantino" diocesano y otros extraños horrores más, que, con el paso del tiempo y el advenimiento de otros horrores "cúbicos", "funcionales" etc., nos van pareciendo hasta bien como pasa con el "modernismo" de comienzos de siglo y el renacentismo de 1920.

Málaga ha cambiado mucho de veinte años a esta parte. La gente nueva está orgullosa de sus obras. Pero el que tiene metido en la sangre el veneno de la nostalgia, añora visiones urbanas del pasado. Un madrileño tiene que ser ya viejo para recordar el Madrid de los coches de caballos, de los simones y landos, la vuelta del Real a las

caballerizas y aquel ruido de las pezuñas sobre el empedrado, tan distinto a los ruidos actuales, producidos directamente por la pezuña del hombre. Un malagueño tiene recuerdos más frescos de esto. Añorará también, sin duda, la época en la que la acera de la Marina tenía el aspecto que refleja el cuadro séptimo de esta serie, en que el "protagonista" es el tranvía de los baños.

Poco a poco la arquitectura civil malagueña de los siglos XVII, XVIII y XIX va desapareciendo. Aquellas casas con torres de teja verdosa, aquellos miradores, aquellos balcones grandes del piso principal, las ventanas de los entresuelos dedicados a oficinas, los ojos de buey, las linternas; todo lo hemos visto caer como material de derribo. Será difícil en lo futuro dar una idea de la esquisitez de las formas de algunas casas de estas de la Marina y de otras partes de la ciudad. Algunas quedan en el Paseo de la Alameda, donde se celebra la feria del borrego, también representada en esta serie o en la Puerta de las Cadenas. Manolo Blasco "siente" esta arquitectura, como la han sentido otros poetas y pintores de su época. Nos deja de ella una interpretación que recuerda a la de algunos mosaicos romanos y a la de los pintores medievales. Lo "urbano" le fascina. Reitera las escenas. El viejo tranvía de mulas está, ahora, en la Plazuela de San Pedro Alcántara, tan graciosa. En la Plaza de la Victoria nos metemos con los niños en el jardín de los monos y en la Plaza de San Francisco toparemos con una de aquellas bandas de músicos ambulantes, desarropados y lisiados que producían más terror que piedad y que nos han hecho recordar después, a personajes de El Bosco y Bruegel. ¡Qué dramáticas eran, en efecto, las comparsas de ciegos, cojos y mutilados de otras formas, que salían en los Carnavales de nuestra niñez! ¡Qué terribles, también, algunas compañías de títeres como esta que Manolo sitúa en las "Lagunillas"! Lo que ocurre con su visión, sin embargo, es que resulta documental, objetiva; sin patetismo melodramático ni caricaturización burlona y cruel. Manolo no es un moralista, menos aún un predicador. Toma la vida en superficie, sin cargarla de intenciones ocultas a los ojos. En su exterior más o menos entonado más o menos cochambroso. Podría decir como Don Juan dice en un momento, según el libreto de Lorenzo da Ponte para la ópera magna de Mozart:

"...nom vedete eh io voglio divertirmi"

Sin duda Manolo Blasco se divirtió mucho, en un tiempo, recorriendo los baratillos que había a las orillas del Guadalmedina, el río de la ciudad, que la separaba del Perchel famoso. Sin duda, también se divirtió en el Egido durante los festejos de agosto, calurosos, ruidosos. Escenas en las que el único protagonista era la plebe urbana, que resultaba algo bastante más interesante que esa masa de la que hoy habla todo el mundo en términos abstractos. De modo acaso menos multitudinario se expresa la vida picaresca en la pintoresca y estrecha calle Camas, donde hace años "descubrí" una casa de vecinos que parecía el escenario óptimo para reconstruir el patio de Monipodio. Marinos en busca de aventuras fáciles, comadres, busconas, raterillos y otros personajes de "portalillo" que repiten sus vidas desde la antigüedad y que podría reconocer Petronio si resucitara. Porque el

“tono” decimonónico o primisecular de las escenas malagueñas encubre situaciones viejísimas, ciclos de acción milenarios. Sobre ellos he reflexionado mucho y he escrito bastante para mi propio gobierno. No todo publicable, por pecaminoso. La mala vida de una ciudad antigua es un tema vidrioso. Manolo Blasco lo toca muy tangencialmente. Mas he aquí una juerga en las ventas de La Caleta. Una juerga que trata con la mayor inocencia y pulcritud. Creo que así se deben tratar muchas juergas del Sur a la que los escritores realistas de comienzos de siglo, algunos pintores también, dieron tonos sombríos, pero acaso más sacados de las recetas naturalistas de origen “Zolesco” que de la real observada. Pintar un drama es difícil. Pintar un melodrama fácil y en esta facilidad cayeron los pintores de género y los que hicieron luego “pintura social”. ¡Tiempos de “La bestia humana” y “El desquite” de Don José Bermejo! ¡Tiempos de novelas como “La orgía” de don José Mas! Dejemos al pobre naturalismo a un lado. Bastantes dictérios han caído sobre él. La juerga en las ventas de Manolo, está limpia de “pathos”. Acaso no lo esté tanto su propia alma.

¡Con qué nostalgia hablan él y otros de su edad del famoso Café de Chinitas y de las sesiones de baile y cante a que en él asistieron. No podía faltar este café en la seire, en ocasión en que se luce alguno de

los magos del “cante jondo”. Aquí como en otras escenas interiores, el pintor se recrea con detalles, en apariencia insignificantes pero que, a veces, dan la nota decisiva. En Arte, saber encontrar en un detalle el elemento más significativo para dar una idea de un conjunto, es una rara cualidad. Creo que Manolo la tiene en forma poco común. En sus “preparaciones” siempre sabe hacer resaltar lo que da más tono y carácter a una escena. ¡Qué realidad hay en estos barracones de los baños de Apolo y la Estrella con los que terminó mi recuento! . Toda una época en la interpretación del mar y el baño de mar, está metida en este cuadro, que nos lleva de modo peregrino, por lo artificial, al elemento que dio base y materia a la vida de esta Málaga, a la que ya cien años antes de Cristo confundían algunos con la desaparecida Mainake, fundación griega antiquísima en el extremo Occidente. Se confundió a Malaca con Mainake, como se confundió a Cádiz con Tartessos. Lo vivo se come a lo muerto. La Málaga actual se comerá pronto, del todo, no ya a la Málaga romana, árabe o renacentista, sino también a la Málaga de nuestros padres y abuelos que Manolo Blasco ha querido reflejar en esta serie de cuadros candorosos, llenos de chispa y de imaginación y que quedan a cien leguas de la receta sabia y fría, del truco y de la pedantería; tres males del arte moderno. También del “pathos” llorón y del dramatismo teatral; males del Arte de hace sesenta años.